

Aquel 14 de Abril

1.22/1549

La Esperanza Monárquica

Por CARLOS ESPLA

Don Carlos Esplá, ex ministro de la República española y brillante periodista, inicia desde hoy su colaboración en este periódico, lo que con la natural satisfacción comunicamos a nuestros lectores en la confianza de que han de acoger con agrado esta aportación de tan alta calidad.

—¿No cree Vd. que lo mejor sería restablecer la monarquía en España?

Alguna otra vez hemos oído la pregunta. Ahora es un periodista americano quien la formula. Conoce vagamente los asuntos españoles. Estuvo unas semanas en Barcelona, cuando agonizaba la República bajo las bombas de los aviones de Hitler y Mussolini. Presenció luego el éxodo español. Lo ví un día en la frontera francesa, bajo la lluvia que lloraba sobre el pueblo peregrino. El periodista americano parecía conmovido ante tanto dolor.

—¡Buena "historia" para su papel!—le dije, al pasar.

—¡Terrible! ¡terrible!— murmuró, emocionado.

Es este viejo conocido quien trata de descubrir ahora, con su pregunta, la esperanza monárquica en un republicano.

—¿Recuerda Vd. nuestro encuentro cerca del Perthus? — le interrogo, a mi vez.

Acaso el periodista americano crea incongruente mi respuesta, que es también una pregunta. Le explico. El vió el tremendo espectáculo de un pueblo que lo había perdido todo en una guerra espantosa. Detrás de aquella frontera, aquel pueblo dejaba sus noches de insomnio, rotas por los estampidos de los bombardeos; dejaba los días sin pan, sin carne, sin tabaco; dejaba sus casas y sus tierras; dejaba sus muertos. Al otro lado de aquella frontera, en el país que pa-

(Pasa a la página 6)

*Publicado en "España Republicana"
México, 1942 en D. S.*

La Esperanza Monárquica

(Viene de la página 1ra.)

recía ofrecerle asilo y libertad, aquel pueblo era conducido a los campos de concentración...

—¿Recuerda Vd. nuestro encuentro? —insisto— ¿Recuerda usted por qué aquel pueblo lo había perdido todo?

El periodista americano parece comprender.

—Por defender la República...

—¿Y cree usted que, después de tantos sacrificios por defender la República, se le pueda dar a aquel pueblo la monarquía?

* * *

El periodista americano supone que quizá la restauración de la monarquía en España, constituyera un acontecimiento grato para los ingleses.

—Parece ser que el príncipe don Juan es anglófilo... — trata de explicarme— Sirvió en la marina inglesa...

—Sí, desde luego... Pero también es cierto que se presentó en España para luchar en las filas de Franco; es decir, en las filas de Hitler. ¿Todavía no está usted convencido de que la guerra de España fué la primera batalla ganada por Hitler a Inglaterra?... Además, ¿está usted seguro de la anglofilia de ese mozo? También pudo estarlo, en ese caso, de la de Guillermo II, que fué algo más que un cadete de la armada inglesa. Era nieto de la reina Victoria ¡y ya se ve cómo demostró su anglofilia en 1914...!

Pretendo, luego, que mi viejo amigo comprenda la situación de España. Quien gobierna allí no es Franco; es Hitler. Gobierna desde dentro de España, por medio de su policía, cuyos procedimientos de terror ha implantado la Gestapo en aquel país. Gobierna desde fuera, por la amenaza de sus divisiones blindadas que montan guardia en la frontera pirenaica. Franco es, en la Europa nazi, un Quisling más. Si se apartase a un lado para que don Juan pudiera ocupar el trono de España, don Juan no debería la corona a Franco, sino a Hitler.

—¿Cree usted que, en esas condiciones, sería un rey anglófilo?

* * *

— Es posible — comento, finalmente — que algunos ingleses crean en la amistad de don Juan e ignoren otras amistades más fervorosas y sinceras. Algo más que amistad a Inglaterra: amor a la democracia. ¿Saben ustedes, ingleses y americanos, cuál es el credo de los españoles de hoy? ¿Saben cuál es la esperanza en los presidios y en los campos de concentración de España, donde sufren persecución los mejores hombres de España? Pues... La Declaración del Atlántico. Aquí tengo una carta de un preso español. Es un profesor que no había actuado en política; que sólo cometió el delito de ser fiel a la República. Veá usted lo que dice: "...el último discurso de Roosevelt ha tenido aquí un eco fantástico. Lo conocimos al día siguiente de pronunciarlo. X... me lo envió a la cárcel, por el mismo conducto que yo utilizo para enviar esta carta. Lo había captado por radio. Todos nos sentimos aquí combatientes de la misma causa. ¡Felices vosotros que podéis luchar libremente por ella! Pero todos sabemos que llegará para nosotros la hora de intervenir en esa lucha..."

* * *

Aquel 14 de abril, al escapar de España Alfonso XIII, perdióse para siempre la esperanza monárquica en España.

El pueblo español, vencido en la lucha, pero no para siempre, al perderlo todo por defender la República, conserva una cosa: su esperanza en la República.

Es lo único que no perdió.